

en las minas, y cuantos indios los servian. Envió un capitán con buen ejército al Cuzco; el cual llegó, y entró tan súbito, que tomó la fortaleza, sin que los españoles estorbarlo pudiesen, y la sostuvo seis ó siete días. En fin de los cuales la recobraron los nuestros, peleando reciamente. Murieron sobre ella algunos, y Juan Pizarro de una pedrada que de noche le dieron en la cabeza. Sobrevino Mango, cercó la ciudad, púsole fuego, y combatíala cada lleno de luna.

Almagro tomó por fuerza el Cuzco á los Pizarros.

Estando Almagro guerreando á Chile, llegó Joan de Rada con las provisiones de su gobernación, que había traído Fernando Pizarro; con las cuales, aunque le costaron la vida, se holgó mas que con cuanto oro ni plata había ganado; ca era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes sobre lo que hacer debía, y resumióse, con parecer de los mas, de volver al Cuzco á tomar en él, pues en su jurisdicción cabía, la posesión de su gobernación. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí ó en los Charcas, tierra riquísima, antes de ir; y enviase á saber entre tanto la voluntad de Francisco Pizarro y del cabildo del Cuzco, porque no era justo descompadrar primero. Quien mas atizó la vuelta fueron Gomez de Albarado, Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, su amigo y privado. Almagro, en fin, determinó de volver al Cuzco á gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen, y también porque decían estar alzado el Inga; lo cual se publicó por huir del campo Paulo y Villaoma, no hallando gente ni coyuntura para matar los cristianos, como traían urdido. Almagro envió tras Filipillo, que como participante de la conjuración, también huyera; y hizolo cuartos porque no lo avisó y porque se pasó á Pedro de Albarado en Liribamba. Confesó el malvado, al tiempo de su muerte, haber acusado falsamente á su buen rey Atabaliba, por jacer seguro con sus mujeres. Era un mal hombre Filipillo de Puechos; liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre, y poco cristiano, aunque bautizado. Tuvo Almagro muchos trabajos á la vuelta; comió los caballos que se murieron á la ida, cosa bien de notar, porque al cabo de cuatro meses ó mas tiempo, estaban por corromper, y tan frescos, segun dicen, como recién muertos. Estábanse también los españoles arrimados á las peñas con las riendas en las manos, que parecían vivos. Proveyó de agua su ejército en los despoblados con ovejas, que llevaban á cuatro y mas arrobos della en odres y zaques de otras ovejas, y aun muchos españoles fueron cabalgando en ellas; aunque no es caballería, para su cólera. Maravilláronse mucho los de Almagro, cuando al Cuzco llegaron, en lo ver cercado de indios; y él trató con el Inga la paz, diciendo, si alzaba el cerco, que le perdonaria lo hecho, como gobernador, y si no, que lo destruiria; que á eso venia. Mango respondió que se viesen, y que holgaba de su venida y gobernación. Almagro, sin pensar en la malicia, fué á recaudo por otros inconvenientes, dejando en guarda de su real á Juan de Saavedra. Fernando Pizarro, que supo estas vistas, salió á hablar con Saavedra. Dábale cincuenta mil castellanos porque se metiese con él dentro el Cuzco. No le osó enojar, que tenía

mucha gente y muy fuerte plaza; y tornóse bien triste y desconfiado. Tampoco pudo Mango prender á Almagro, y perdió esperanza de recobrar el Cuzco. E porque no le tomasen entre puertas los de Almagro y Pizarro, dejó el cerco y fuése á los Andes, que llaman, una gran montaña sobre Guamanga. Llegó Almagro su ejército al Cuzco, las banderas altas. Requirió al regimiento y hermanos de Francisco Pizarro que lo rescibiesen luego pacíficamente por gobernador, conforme á las provisiones reales del Emperador. Fernando Pizarro, que mandaba, respondió que sin voluntad de Francisco Pizarro, gobernador de aquella tierra, por cuyo poder él allí estaba, no podía ni debía, segun honra y conciencia, admitirlo por gobernador. Mas, si entrar queria como privado y particular, que lo aposentaria muy bien con todos los que traía; y entre tanto avisarían á su hermano, si vivo era, que estaba en los Reyes, de su llegada y pedimiento; y que confiaba en su antigua y buena amistad que se conformarían, declarando la raya y mojones de cada gobernación á dicho de sabios cosmógrafos. Tuvo Almagro por dilación esta respuesta, y insistió en su demanda; y como hallaba contraste en Fernando Pizarro, entróse dentro una noche de gran niebla y oscuridad. Cercó la casa donde los Pizarros y cabildo estaban fuertes, y púsole fuego porque no se daban. Ellos por no quemarse rindiéronse. Echó Almagro presos á Fernando y Gonzalo Pizarro y á otros. El regimiento y vecinos lo rescibieron luego en siendo de día por gobernador. Dicen unos que Almagro quebró las treguas que habían puesto, para entre tanto esperar la respuesta de Francisco Pizarro; otros, que no las hubo ni las quiso, porque no le habían de recibir sino por fuerza; otros, que tuvo favor de los vecinos para entrar; y como fueron bandos, cada uno habla en favor del suyo. Y es cierto que por fuerza entró, y que murieron dos españoles, uno de cada parte; y que Almagro matara á Fernando Pizarro, segun voluntad de casi todos, sino por Diego de Albarado. Esto y el alzamiento del Inga, pasó año de 1536, sin que Francisco Pizarro lo supiese.

Los muchos españoles que indios mataron por socorrer el Cuzco.

Bien temió Pizarro cuando supo la rebelión del Inga y el cerco del Cuzco; mas no pensó al principio que tan de veras era, ni con tanta gente como fué; y así, envió luego á Diego Pizarro con setenta españoles, que los mas eran peones. A todos los cuales mataron indios en la cuesta de Parcos, cincuenta leguas del Cuzco; mataron ansimesmo al capitán Morgovejo con muchos españoles que al socorro llevaba, en un mal paso donde los atajaron; hicieron el estrago con galgas, que no se atrevieron venir á las lanzadas. Algunos se escaparon con la oscuridad de la noche, mas ni pudieron ir al Cuzco ni tornar á los Reyes; envió también Pizarro á Gonzalo de Tapia con otros ochenta españoles, y también los mataron indios de puro cansados. Mataron eso mesmo al capitán Gaete con cuarenta españoles en Jauja. Pizarro estaba espantado cómo no le escribían sus hermanos ni aquellos sus capitanes, y temiendo el mal que fué, despachó cuarenta de caballo con Francisco de Godoy,

Dos batallas con indios, que Alonso de Albarado dió y venció.

para que le trajese nuevas de todo; el cual volvió, como dicen, rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gaete que se habían escapado á uña de caballo, y que dieron á Pizarro las malas nuevas; las cuales lo pusieron en muy gran cuita. Llegó luego á los Reyes huyendo Diego de Agüero, que dijo cómo los indios andaban todos en armas y le habían querido quemar en sus pueblos, y que venia muy cerca un gran ejército dellos. Nueva que atemorizó mucho la ciudad, y tanto mas, cuanto menos españoles había; Pizarro envió á Pedro de Lerma de Búrgos, con setenta de caballo y muchos indios amigos é cristianos á estorbar que los enemigos no llegasen á los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí había. Peleó Lerma muy bien, y retrajo los enemigos á un peñol, y allí los acabaron de vencer y deshacer si Pizarro á recoger no tañera. Murió aquel día y batalla un español de caballo, fueron heridos muchos otros, y á Pedro de Lerma quebraron los dientes; los indios dieron muchas gracias al sol, que los escapó de tanto peligro, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas, y pasaron su real una sierra cerca de los Reyes, el rio en medio, do estuvieron diez días haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles; que con otros indios no querían, y muchos indios cristianos, mozos de españoles, iban á comer y estar con los contrarios, y aun á pelear contra sus amos, y se tornaban de noche á dormir en la ciudad.

El socorro que vino de muchas partes á Francisco Pizarro.

Como Pizarro se vido cercado, y muertos cerca de cuatrocientos españoles y docientos caballos, temió la furia y muchedumbre de los enemigos, y aun creyó que habían muerto á Diego de Almagro en Chili, y á sus hermanos en el Cuzco. Envió á decir á Alonso de Albarado que dejase la conquista de los cachapoyas y se viniese luego con toda su gente á socorrerle; envió un navío á Trujillo para en que llevasen de allí las mujeres, hijos y hacienda, mandando á los hombres desamparasen el lugar y viniesen á los Reyes; despachó á Diego de Ayala en los otros navios á Panamá, Nicaragua y Cuauhtemallan por socorro, y escribió á las islas de Santo Domingo y Cuba, y á todos los otros gobernadores de Indias, el estrecho en que quedaba. Alonso de Fuenmayor, presidente y obispo de Santo Domingo, envió con Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yaguas, muchos españoles arcabuceros que habían llegado entonces con Pedro de Veragua; Fernando Cortés envió, con Rodrigo de Grijalva, en un propio navío suyo, desde la Nueva-España, muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda y una ropa de martas; el licenciado Gaspar de Espinosa llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra-Firme, buena copia de españoles; Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Cuauhtemallan. También vinieron otros de otras partes, y así tuvo Pizarro un florido ejército y mas arcabuceros que nunca; y aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecharonle infinito para contra Diego de Almagro, como después dirémos; por lo cual acertó á pedir estos socorros, aunque fué notado entonces de pusilanimidad por pedirlos.

A la hora que Alonso de Albarado rescibió las cartas de Pizarro, en que lo llamaba para socorro, dejó la empresa de los cachapoyas, que muy adelante iba, y se fué á Trujillo, que camino era para los Reyes. Hizo quedar los vecinos, que ya tenían fuera su hato y mujeres, y se querían ir á Pizarro, desamparando la ciudad; llegó á los Reyes con alegría de todos, por ser el primero que al socorro venia, y Pizarro lo hizo su capitán general, quitando el cargo á Pedro de Lerma, el cual lo tuvo á deshonra, y como valiente y que lo había hecho bien, desmandóse de lengua; era de Búrgos, y conocía al Albarado. Descansó Albarado, y aderezó trecientos españoles á pié y á caballo para echar de allí los indios, y no parar hasta los deshacer y destruir y descercar el Cuzco, no sabiendo lo que allá pasaba entre los españoles; hubo una batalla cerca de Pachacama con Tizoyo, capitán general de Mango, y aun dicen que se halló en ella el mesmo Mango inga, la cual fué muy recia y sangrienta, ca los indios pelearon como vencedores, y los españoles por vencer; en Jauja lo alcanzó Gomez de Tordoya de Barcarota, con docientos españoles que Pizarro le enviaba para engrosar el campo. Albarado caminó sin embarazo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles; allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, á lo menos desbaratillos; mas Albarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera, que los vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles, y muchos indios amigos, que los servian y ayudaban; de Lumichaca á la puente de Abancay, que habrá veinte leguas, hubo muchas escaramuzas, mas no que de contar sean; supo Albarado allí las revueltas y mudanzas del Cuzco y la prisión de Fernando y Gonzalo Pizarro, y paró á esperar lo que Pizarro mandaba sobre aquello, pues ya los indios eran idos del Cuzco; fortificó su real entre tanto que la respuesta é instrucción venia, por amor de muchos indios que bullían por allí con Tizoyo y Mango, y por si viniese Almagro.

Almagro prende al capitán Albarado, y rehusa los partidos de Pizarro.

Como Almagro entendió que Albarado estaba con tanta gente y pujanza en Abancay, pensó que iba contra él, y apercibióse; envióle á requerir con las provisiones, no estuviese con ejército en su gobernación, ó le obedeciese. Albarado prendió á Diego de Albarado con otros ocho españoles, que fué al requerimiento, y respondió que las habían de notificar á Francisco Pizarro, y no á él; Almagro se volvió del camino, que también salió con gente, no tornandó sus mensajeros, á guardar el Cuzco, ca podía ir Albarado allá por otro cabo. Mas luego tuvo aviso y cartas que Pedro de Lerma se le queria pasar con mas de sesenta compañeros, por enojo que tenía de Pizarro, por haberle quitado el cargo de capitán general y haberlo dado al Alonso de Albarado, y tornó con ejército sobre Albarado, y prendió á Perálvarez Holguin, que andaba corriendo el campo en una celada. Albarado desque lo supo, quiso prender á Pedro de Lerma; empero él se huyó del real aquel

mesmo punto de la noche, con las firmas de sus amigos, que á ellos no pudo llevar por la prisa; llegó Almagro con la escuridad á la puente, sabiendo que le aguardaban Gomez de Tordoya y Villalva y otros, y echó buena parte de los suyos por el vado, á do estaban los que se le habian de pasar. Cuando Albarado sintió los enemigos en el real, comenzó á pelear tocando al arma; pero como tenia muchos guardando los pasos fuera del fuerte, y muchos sin picas, que se las habian echado al rio los amigos de Lerma, no pudo resistir la carga del contrario, y fué roto y preso sin sangre ninguna, aunque de una pedrada quebraron los dientes á Rodrigo de Orgoños. Recogió Almagro el campo, y tornóse al Cuzco, tan ufanos los suyos, que decian que no dejarían pizarra ninguna en todo el Perú en que tropezar, y que se fuese Francisco Pizarro á gobernar los manglares de la costa. Usó Almagro de la victoria piadosamente, aunque dicen que trataba mal los prisioneros. Pizarro, que iba con seiscientos españoles á descercar el Cuzco, supo en Nasca cuanto atrás dicho habemos, é hizo gran sentimiento dello, y volvióse á los Reyes para aderezarse mejor, si guerra hubiese de haber; ca el competidor era recio, y tenia muchos españoles. Entre tanto que se apercebía quiso concertarse de bien á bien, pues era mejor mala concordia que próspera guerra, y envió al licenciado Gaspar de Espinosa á lo negociar; el cual se declaró, porque otros no gozasen sus trabajos las manos enjutas, á que fuesen amigos, y que Almagro soltase á Fernando y Gonzalo Pizarro y á Alfonso de Albarado, y se estuviese en el Cuzco gobernando, sin bajar á los llanos, hasta tener declaracion por el Emperador de lo que cada uno hubiese de gobernar. Murió el licenciado entendiendo en esto, y aun pronosticando la destruccion y muertes de ambos gobernadores. Almagro, con la pujanza y consejeros que tenia, rehusó aquel partido, diciendo que habia de dar, y no tomar, leyes en su jurisdiccion y prosperidad. Dejó á Grabiél de Rojas en guarda del Cuzco y de los presos, y llevando consigo á Fernando Pizarro, bajó con ejército y quinto del Rey á la marina. Hizo un pueblo en término de los Reyes, como en posesion, y asentó el real en Chinchá.

Vistas de Almagro y Pizarro en Mala sobre concierto.

Sabiendo esto Pizarro, sonó atambor en los Reyes, dió grandes pagas y ventajas, y juntó mas de setecientos españoles con muchos caballos y arcabuces, que daban reputacion al ejército; y casi toda esta gente era venida y llamada contra indios en socorro del Cuzco y de los Reyes. Hizo capitanes de arcabuceria á Nuño de Castro y á Pedro de Vergara, que la trajera de Flándes, donde casado estaba; hizo capitan de piqueros á Diego de Urbina, y de caballos á Diego de Rojas y á Peranzures y á Alonso de Mercadillo. Puso por maestre de campo á Pedro de Valdivia, y por sargento mayor á Antonio de Villalva; estando en esto, llegaron Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, é hizolos generales, á su hermano de la infantería, y al otro de la caballería. Estaban presos en el Cuzco, sobornaron hasta cincuenta soldados, y con su ayuda salieron de la prision, quitaron las sogas de las campanas porque no repicasen tras ellos, y buyeron á caballo con aquellos cincuenta y con Gra-

biel de Rojas, que prendieron; publicaba Pizarro que hacia esta gente para su defensa como hombre acometido, y habló en concierto á consejo de muchos. Almagro vino luego tambien en ello, y envió con poder para tratar del negocio á don Alonso Enriquez, Diego de Mercado, fator, y Juan de Guzman, contador. Hablaron con Pizarro, y él lo comprometió en Francisco de Bobadilla, provincial de la merced, y ellos en fray Francisco Husando; los cuales sentenciaron que Almagro soltase á Fernando Pizarro y reslituyese al Cuzco; que deshiciesen entrambos los ejércitos, enviasen la gente á conquististas, escribiesen al Emperador, y se viesen y hablases en Mala, pueblo entre los Reyes y Chinchá, con cada doce caballeros, y que los frailes se hallasen á las pláticas. Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenia por muy grave la sentencia, y cuando se partió á las vistas con doce amigos encomendó á Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese á punto, por si algo Pizarro hiciese, y matase á Fernando Pizarro, que le dejaba en poder, si á él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo; si lo hizo con voluntad de su hermano ó sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto á Mala, y que mandó al capitan Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenia de pasar; llegó primero á Mala Pizarro, y en llegando Almagro, se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro, antes que comenzasen negocios, á Diego de Almagro, y díjole al oido que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida; él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio á que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros, y creyó; quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decian que de Pilátos acá no se habia dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le consejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que habia venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir á su hermano, ni sobornó los frailes.

La prision de Almagro.

Aunque las vistas fueron en vano y para mayor odio é indignacion de las partes, no faltó quien tornase á entender muy de veras y sin pasion entre Pizarro y Almagro. Diego de Albarado en fin los concertó, que Almagro soltase á Fernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro á Almagro, que no lo tenia, para que libremente pudiese enviar á España sus despachos y mensajeros; que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandado del Emperador. Almagro soltó luego á Fernando Pizarro sobre pleitesía que hizo, á ruego y seguro de Diego de Albarado; aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condicion áspera de Fernando Pizarro, y el mesmo Almagro se arrepintió y lo quisiera detener. Mas acordó tarde, y todos decian que aquel lo habia de revolver todo, y no erraron; ca suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos, y aun Pizarro no anduvo muy llano en los conciertos, porque ya tenia una provision real en que mandaba el Emperador que cada

como cada uno de ellos y como la tal provision notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera dellos la tierra y jurisdiccion del otro. Pizarro pues, que tenia libre y por consejero á su hermano, requirió á Almagro que saliese de la tierra que habia él descubierto y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del Emperador. Almagro respondió, leida la provision, que la oía y cumplia estándose quedo en el Cuzco, y en los otros pueblos que al presente poseia, segun y como el Emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad, y que con ella mesma le requeria y rogaba lo dejase estar en paz y posesion como estaba. Pizarro replicó que teniendo él poblado y pacífico el Cuzco, se lo habia tomado por fuerza, diciendo que caía en su gobernacion del nuevo reino de Toledo; por tanto, que luego se lo dejase, y se fuese; si no, que lo echaria, sin quebrar el pleito homenaje que habia hecho, pues teniendo aquella nueva provision del Rey, era cumplido el plazo de su pleitesía y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta, que concluía llanamente; y Pizarro fué con todo su ejército á Chinchá, llevando por capitanes los que primero, y por consejero á Fernando Pizarro, y por color que iba á echar sus contrarios de Chinchá que manifestamente era de su gobernacion. Almagro se fué la via del Cuzco por no pelear; empero como lo siguian, cortó muchos pasos del mal camino, y reparó en Gaitara, sierra alta y áspera. Pizarro fué tras él, que tenia mas y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces, que malo estaba, se fué á gran prisa, y dejó á Orgoños detrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó; aunque, segun Cristóbal de Sotelo y otros decian, mejor hiciera en dar batalla á los pizarristas, que se marearon en la sierra; ca es ordinario á los españoles que de nuevo ó recién salidos de los calorosos llanos suben á las nevadas sierras, marearse. Tanta mudanza hace tan poca distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, arcabuces, otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad, y reparóla de algunos fosados. Pizarro se volvió á los llanos por el inconveniente que digo, y dende á dos meses á los Reyes; empero solo, porque envió todo su ejército al Cuzco, con achaque de restituir en sus casas y repartimientos á ciertos vecinos que Almagro habia despojado, y para esto hizo justicia mayor á Fernando Pizarro, que gobernaba el campo, siendo general su hermano Gonzalo. Fué pues Fernando Pizarro al Cuzco por otro camino que Almagro, y llegó allá á los 26 de abril de 1538 años. Almagro, que tan determinados los vió venir, metió los aficionadas á Pizarro en dos cubos de la fortaleza, donde algunos se ahogaron, de muy apretados. Envío al encuentro á Rodrigo Orgoños con toda su gente, y muchos indios, ca él no podia pelear, de flaco y enfermo. Orgoños se puso en el camino real entre la ciudad y la sierra, orilla de una ciénaga. Puso la artillería en conviniente parte, y los caballos tambien, que llevaban á cargo Francisco de Chaves, Vasco de Guevara y Juan Tello. Por hácia la sierra echó muchos indios con algunos españoles que socorriesen á la mayor necesidad y HA.

peligro. Fernando Pizarro, dicha la misa, bajó al llano en ordenanza, con pensamiento de tomar un alto que sobre la ciudad estaba, y que no lo aguardarian los contrarios llevando tanta pujanza. Mas como los vió quedos y con semblante de no rehusar batalla, mandó al capitan Mercadillo que consus caballos anduviese sobresaliente, ó para contra los indios contrarios, ó para remediar otra cualquier necesidad; y dijo á sus indios, que arremetiesen á los otros, y por allí se comenzó la batalla que llaman de las Salinas, obra de media legua del Cuzco. Entraron en la ciénaga los arcabuceros de Pedro de Vergara, y desbarataron una compañía de caballos contrarios, que fué gran desman para los de Orgoños, que conociendo el daño, hizo soltar un tiro, el cual mató cinco españoles de Pizarro, y atemorizó los otros; pero Fernando Pizarro los animó bien y á sazón, y dijo á los arcabuceros que tirasen á las picas arboladas, y quebraron mas de cincuenta dellas, que mucha falta hicieron á los de Almagro. Orgoños hizo señal de romper con los enemigos; y como se tardaban algo los suyos, arremetió con su escuadron solamente á Fernando Pizarro, que guiaba el lado izquierdo de su ejército con Alonso de Albarado. Esperó dos españoles con su lanza, tiró una estocada á un criado de Fernando Pizarro, pensando que su amo fuese, y metióle por la boca el estoque. Hacia Orgoños maravillas de su persona; mas duró poco tiempo, porque cuando arremetió le pasaron la frente con un perdigon de arcabuz, de que vino á perder la fuerza y la vista. Fernando Pizarro y Alonso de Albarado encontraron los enemigos de través, y derribaron cincuenta dellos, y los mas juntamente con los caballos. Acudieron luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos, como españoles, bravísimamente, mas vencieron los Pizarros y usaron cruelmente de la vitoria, aunque cargaron la culpa dello á los vencidos con Albarado en el puente de Abancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido á dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando tambien uno tendido y á las ancas al capitan Rui Diaz, le dió otro una lanzada que lo mató, y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron; Samaniego á Pedro de Lerma á puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Albarado, y tantos españoles, que si los indios, como lo habian platicado, dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Mas ellos se embebieron en despojar los caidos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huian, y los vencedores perseguian. Almagro no peleó por su indisposicion; miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que lo habia tenido.

Muerte de Almagro.

Con la vitoria y prendimiento de Almagro, enriquecieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y mas de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pi-

zorro se apoderó del Cuzco sin contradicción, aunque no sin murmuración. Dió algo á muchos, que á todos era imposible; mas como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendia, envió los mas á conquistar nuevas tierras donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro ni cuidado, enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió tambien á los Reyes, en son de preso, á don Diego de Almagro, porque los amigos de su padre no se amotinassen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que para enviarlo juntamente con él preso á los Reyes, y de allí á España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habian de salir al camino y soltarlo, ó porque lo tenia en voluntad, por quitarse de ruido sentenciólo á muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada; que causó muchas muertes de españoles; que se concertó con Mango contra españoles; que dió y quitó repartimientos sin tener facultad del Emperador; que habia quebrado las treguas y juramentos; que habia peleado contra la justicia del Rey en Abancay y en las Salinas. Otras hubo tambien que callo por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia. Dijo muchas lástimas y que hacian llorar á muy duros ojos. Apeló para el Emperador; mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron abincadamente, no quiso otorgar la apelacion. Rogóselo él mismo, que por amor de Dios no le matase, diciendo que mirase cómo no le habia él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, á la cumbre de honra y riqueza que tenia; dijole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por apelacion para dejalle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes dias que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro á estas palabras, que ablandaran un corazon de acero, y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. El replicó que pues Cristo la temió, no era mucho temella él; mas que se conhortaria con que, segun su edad, no podia vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra via no podia. Empero confesóse, hizo testamento, y dejó por herederos al Rey y á su hijo don Diego. No queria consentir la sentencia, de miedo de la ejecucion, ni Fernando Pizarro otorgar la apelacion, porque no la revocasen en consejo de Indias, y porque tenia mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogáronle, por muchos ruegos, en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de 1540. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro y lo echaron menos; y quien mas lo sintió, sacando á su hijo, fué Diego de Albarado, que se obligó al muerto por el matador, y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, del cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso, por mas que se lo rogó; y así, vino luego á España á querellar de Francisco Pizarro y de sus hermanos, y á demandar la palabra y pleitesia á Fernando Pizarro delante el Emperador, y andando en ello, murió en Valladolid, donde la corte estaba; y porque murió en tres ó quatro dias, dijeron

algunos que fué de yerbas. Era Diego de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién fué su padre, aunque se procuró. Decian que era clérigo y no sabia leer. Era esforzado, diligente, amigo de honra y fama; franco, mas con vanagloria; ca queria supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó mas de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conocimientos á los que fueron con él al Chili. Liberalidad de príncipe mas que de soldado; pero cuando murió, no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase á Francisco Pizarro. Nunca fué casado, empero tuvo un hijo en una india de Panamá, que se llamó como él, y que se crió y enseñó muy bien; mas acabó mal, como después diremos.

Las conquistas que se hicieron tras la muerte de Almagro.

Pedro de Valdivia fué con muchos españoles á continuar la conquista de Chili, que Almagro comenzó. Pobló, y comenzó á contratar con los naturales, que lo habian recibido pacíficamente, aunque con engaño; ca luego en cogiendo el grano y cosas de comer, se armaron y dieron tras los cristianos, y mataron catorce españoles que andaban fuera de poblado. Valdivia fué al socorro, dejando en la ciudad la mitad de la gente con Francisco de Villagran y Alonso de Monroy. Entre tanto vinieron hasta ocho mil chileses sobre la ciudad. Salieron á ellos Villagran y Monroy con treinta de caballo y otros algunos de pié, y pelearon desde la mañana hasta que los despartió la noche, y todos holgaron dello, los nuestros de cansados y heridos con flechas, los indios por la carniceria que de los suyos habia y por las fieras lanzadas y cuchilladas que tenian; aunque no por eso dejaron las armas, antes daban guerra siempre á los españoles, y no les dejaban indio de servicio, á cuya falta los nuestros mismos cavaban, sembraban y hacian las otras cosas que para se mantener son necesarias. Mas con todo este trabajo y miseria, descubrieron mucha tierra por la costa, y oyeron decir que habia un señor, dicho Leuchen Golma, el cual juntaba docientos mil combatientes para contra otro rey vecino suyo y enemigo, que tenia otros tantos, y que Leuchen Golma poseia una isla, no lejos de su tierra, en que habia un grandísimo templo con dos mil sacerdotes; y que mas adelante habia amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena cielo oro, de donde argüian muchos ser aquella tierra muy rica; mas pues ella está, como dicen, en cuarenta grados de altura, no terná mucho oro; empero ¿qué digo yo, pues aun no han visto las Amazonas, ni el oro, ni á Leuchen Golma, ni la isla de Salomon, que llaman por su gran riqueza? Gomez de Albarado fué á conquistar la provincia de Guanuco; Francisco de Chaves á guerrear los conchucos, que molestaban á Trujillo y á sus vecinos, y que traian un idolo en su ejército, á quien ofrescían el despojo de los enemigos, y aun sangre de cristianos. Pedro de Vergara fué á los Bracamoros, tierra junto al Quito por el norte, Juan Perez de Vergara fué hácia los Chachapoyas, y Alonso de Mercadillo á Mullubamba, y Pedro de

Candia á encima del Collao; el cual no pudo entrar donde, iba por la maleza de aquella tierra ó por la de su gente, ca se le amotinó mucha della, que amigos eran de Almagro, con Mesa, capitan de la artillería de Pizarro. Fué allí Fernando Pizarro y degolló al Mesa por amotinador y porque habia dicho mal de Pizarros, y tratado de ir á soltar á Diego de Almagro si á los Reyes lo llevasen. Dió los trecientos hombres de Candia á Peranzures, y envióló á la mesma tierra y conquista. Desta manera se desparecieron los españoles, y conquistaron mas de setecientas leguas de tierra en largo, leste ó casi oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Fernando y Gonzalo Pizarro sujetaron entonces el Collao, tierra rica de oro, que chapán con ello los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamalladas de la cruz adelante, aunque mas parescen ciervos. Las que llaman pacos crian lana muy fina; llevan tres y quatro arrobas de carga, y aun sufren hombres encima; mas andan muy despacio: cosa contra la impaciente cólera de los españoles. Cansadas, vuelven la cabeza al caballero y échale una hedienda agua. Si mucho se cansan, cáense, y no se levantan hasta quedar sin peso ninguno, aunque las matasen á palos. Viven en el Collao los hombres cien años y mas, carecen de maíz y comen unas raíces que parescen turmas de tierra, y que llaman ellos papas. Tornóse Fernando Pizarro al Cuzco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habian visto desde antes que Almagro fuese preso. Hablaron muchos dias sobre lo hecho y en cosas de gobernacion. Determinaron que Fernando viniese á España á dar razon de ambos al Emperador, con el proceso de Almagro, y con los quintos y relaciones de cuantas entradas habian hecho. Muchos de sus amigos, que sabian las verdades, aconsejaron al Fernando Pizarro que no viniese, diciendo que no sabian cómo tomaria el Emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Albarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarian desde allí que allá. Fernando Pizarro decia que le habia de hacer grandes mercedes el Emperador por sus muchos servicios, y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia á quien la revolviere. A la partida rogó á su hermano Francisco que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los que fueron con él al Chile; porque los habia él hallado muy constantes en el amor del muerto, y avisólo que no los dejase juntar, porque le matarian; ca él sabia cómo en estando juntos cinco dellos, trataban de lo matar. Despidióse con tanto, vino á España y á la corte con gran fausto y riqueza; mas no se tardó mucho que lo llevaron de Valladolid á la Mota de Medina del Campo, de donde aun no ha salido.

La entrada que Gonzalo Pizarro hizo á la tierra de la Canela.

Entre las otras cosas que Fernando Pizarro tenia de negociar con el Emperador, ala gobernacion del Quito para Gonzalo, su hermano, y con tal confianza hizo Francisco Pizarro gobernador de aquella provincia al susodicho Gonzalo Pizarro. El cual, para ir allá y á la tierra que llamaban de la Canela, armó docientos españoles, y á caballo los ciento, y gastó en su persona y

compañeros, bien cincuenta mil castellanos de oro, aunque los mas prestó. Tuvo en el camino algunos encuentros con indios de guerra. Llegó al Quito; reformó algunas cosas del gobierno, proveyó su ejército de indios de carga y servicio, y de otras muchas cosas necesarias á su jornada; y partióse en demanda de la Canela, dejando en Quito por su teniente á Pedro de Puelles, con docientos y mas españoles, con ciento y cincuenta caballos, con cuatro mil indios y tres mil ovejas y puercos. Caminó hasta Quijos, que es al norte de Quito, y la postrera tierra que Guaynacapa señoreó. Saliéronle allí muchos indios como de guerra, mas luego desaparecieron. Estando en aquel lugar tembló la tierra terriblemente, y se hundieron mas de sesenta casas, y se abrió la tierra por muchas partes. Hubo tantos truenos y relámpagos, y cayó tanta agua y rayos, que se maravillaron. Pasó luego unas sierras, donde muchos de sus indios se quedaron helados, y aun allende del frío, tuvieron hambre. Apresuró el paso hasta Cumaco, lugar puesto á las faldas de un volcan, y bien proveido. Allí estuvo dos meses, que un solo dia no dejó de llover, y así, se les pudrieron los vestidos. En Cumaco y su comarca, que cae bajo, ó cerca de la Equinocial, hay la canela que buscaban. El árbol es grande, y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque. Las hojas, tallos, corteza, raíces y fruta son de sabor de canela, mas los capullos es lo mejor. Hay montes de aquestos árboles, y crian muchos en heredades para vender la especería, que muy gran trato es por allí. Andan los hombres en carnes, y atan lo suyo con cuerdas que ciñen al cuerpo; las mujeres traen solamente pañicos. De Cumaco fueron á Coca, donde reposaron cincuenta dias y tuvieron amistad con el Señor. Siguieron la corriente del rio que por allí pasa, y que muy caudaloso es. Anduvieron cincuenta leguas sin hallar puente ni paso; mas vieron cómo el rio hacia un salto de docientos estados con tanto ruido, que ensordecia; cosa de admiracion para los nuestros. Hallaron una canal de peña tajada, no mas ancha que veinte piés, por do entraba el rio; la cual, á su parescer, era honda otros docientos estados. Los españoles hicieron una puente sobre aquella canal, y pasaron á la otra parte, que les decian ser mejor tierra, aunque algo se lo defendieron los de allí; fueron á Guema, tierra pobre y hambrienta, comiendo frutas, yerbas, y unos como sarmientos, que sabian á ajos. Llegaron, en fin, á tierra de gente de razon, que comian pan y vestían algodón; mas tan lloviosa, que no tenian lugar de enjugar la ropa. Por lo cual, y por las ciénagas y mal camino, hicieron un bergantin; que la necesidad los hizo maestros. La brea fué resina, la estopa camisas viejas y algodón, y de las herraduras de los caballos muertos y comidos labraron la clavazon; y á tanto llegaron, que comieron los perros. Metió Gonzalo Pizarro en el bergantin el oro, joyas, vestidos y otras cosillas de rescate, y diólo á Francisco de Orellana en cargo, con ciertas canoas en que llevase los enfermos y algunos sanos para buscar provision. Caminaron docientas leguas, segun les paresció, Orellana por agua y Pizarro por la ribera, abriendo camino en muchas partes á fuerza de manos y fierro. Pasaba de una ribera á otra por mejor